

azteca, se encontraba la piedra de los edificios, con todos los espantosos instrumentos de muerte con que los ministros de las sangrientas divinidades hacían expirar á sus víctimas. Dentro del recinto en que los falsos dioses se ostentaban sobre sólidos altares salpicados de sangre, se veían colocadas en un largo palo las cabezas de algunos españoles que habían sido sacrificados. Todas conservaban su barba y su cabello, y los castellanos reconocieron en el lívido semblante de ellas, á los desgraciados compañeros de armas que habían caído prisioneros el funesto día de la derrota. Conmovidos ante aquel triste espectáculo, sintieron asomar las lágrimas á sus ojos, que rodaron por sus varoniles semblantes al considerar la terrible angustia de sus compatriotas al verse tendidos en la superficie convexa de la piedra y en manos de los implacables sacerdotes del dios Huitzilopochtli. «Yo conocí, dice Bernal Diaz, que tres días después llegó al mismo sitio, tres soldados mis compañeros; y cuando los vimos de aquella manera, se nos saltaron las lágrimas de los ojos.» Estos tristes restos fueron recogidos doce días después por los españoles, y conducidos con respeto y consideración á un sitio sagrado, que convirtieron en Campo Santo, en el que los conquistadores edificaron una iglesia llamada de los Mártires, que ocupaba el mismo lugar en que actualmente se encuentra San Hipólito.

Desde aquel *teocalli* partía una calle recta que iba á dar á la calzada del real de Gonzalo de Sandoval, y á la izquierda otra que conducía al mercado de Tlatelolco, hácia el cual se dirigían, por sus respectivos puntos, las tres divisiones.

Eran las nueve de la mañana del 27 de Julio. Hernán Cortés se preparaba á salir de su campamento para entrar en la ciudad y continuar avanzando hácia el gran mercado, punto objetivo de las operaciones. De repente llamó su atención y la de todos sus soldados, dos inmensas columnas de fuego que se elevaban al cielo entre densas nubes de humo, de la cúspide plana del gigantesco *teocalli* de Tlatelolco. Era el templo en que los prisioneros castellanos solían ser sacrificados al monstruoso número de la guerra. El caudillo español y su gente, fijaron los ojos con terror en el sitio de donde las rojas columnas salían, temiendo que alumbrasen algunas de las horribles ceremonias en que parecía tendido sobre la piedra de los sacrificios algún desventurado compatriota. Pero no sonaba el ronco y espantoso *teponaxtli* ó tambor que los sanguinarios ministros de Huitzilopochtli solían tañir en los momentos del sacrificio. Esto llegó á tranquilizarles y á que fijasen con más calma la vista en el objeto que llamaba su atención. Entonces pudieron percibir que las llamas no procedían de haces de leña colocados en los altares exteriores del átrio superior, sino que eran producidas por el maderamen de las torres que habían sido incendiadas. La idea de que Pedro de Alvarado con su división se había apoderado del templo de Tlatelolco y puesto fuego á los ídolos y á las torres, se aceptó sin titubear. Un grito de alegría resonó en el campamento de Cortés, al suponer que sus compañeros eran ya dueños del punto ambicionado. No se engañaban (1).

(1) Prescott dice que fué durante la noche cuando Cortés y sus soldados vieron con sorpresa levantarse aquella luz del *teocalli*. Varios escritores mo-

Pedro de Alvarado, que ocupaba la calzada mas próxima á la plaza de Tlatelolco, se habia esforzado en ser el primero en penetrar en el cuartel real enemigo. Activo y valiente, logró, tras de reñidas batallas, pasar varios fosos y puentes que los aliados fueron cegando, y llegar frente al gran *teocalli*, que se hallaba junto al espacioso mercado, en el sitio en que hoy se encuentra la iglesia católica llamada Santiago de Tlatelolco. El número de escuadrones mejicanos que ocupaban el templo y los puntos inmediatos, era considerable. Alvarado dividió su fuerza en tres secciones, y envió á un capitán llamado Gutierrez de Badajoz á que asaltase el templo, mientras las otras atacaban las trincheras de las demás posiciones colocadas á corta distancia del *teocalli*. El valiente oficial cumplió la orden, y emprendió la subida al santuario con extraordinario arrojo. Los mejicanos, que ocupaban los diversos terrados que formaban los cuerpos del templo, recibieron á los asaltantes con una tempestad de flechas y con las puntas de las enormes lanzas con que formaban una muralla matadora. Los sacerdotes, colocados en la cúspide y vestidos con las negras túnicas en que se veían los signos extraños de su sangrienta religión, corrían de un punto á otro, dando enormes gritos y excitando á los guerreros al combate. Notables esfuerzos hacían el capitán Gutierrez y su valiente compañía,

dernos le han seguido; pero aunque ciertamente es mas poético presentar ese espectáculo durante la noche, no está de acuerdo con la historia. Hernán Cortés dice que fué de día. «Estando aderezando para volver á entrar en la ciudad, á las nueve horas del día vimos de nuestro real salir humo de las torres muy altas que estaban en el Tlatelulco.» También Bernal Díaz dice que incendiaron el templo de día, y que en la noche se retrajeron al real.

en subir á la cúspide del templo; pero acometidos con furia por los defensores, bajaban precipitadamente los escalones ganados, para volver á subirlos y verse de nuevo precisados á descender por ellos. Viendo Pedro de Alvarado la crítica situación del bravo oficial y de su gente, envió en su auxilio la otra sección que se hallaba combatiendo en sitio diferente. Los escuadrones aztecas, que habian estado combatiendo con la segunda sección, al ver á sus contrarios dirigirse al *teocalli*, salieron tras ellos, cerrando así á los asaltantes la retirada. Acudió entonces Alvarado al átrio inferior, y acometiendo con su sección y algunos jinetes á los batallones aztecas que allí se encontraban, les obligó á retirarse, causándoles gran número de muertos y de heridos. Los asaltantes, al ver que no tenían enemigo á la espalda, emprendieron la subida, descargando mortales cuchilladas sobre sus contrarios y cubriéndose con sus rodajas de la lluvia de armas arrojadas que sobre ellos lanzaban. Mas de dos horas llevaban de combate. Los mejicanos, juzgándose protegidos por los dioses, cuyo templo defendían, luchaban con entusiasmo indescriptible. Casi todos los soldados españoles se hallaban heridos; pero resueltos á subir á la cúspide ó perecer en la demanda, continuaban subiendo los escalones, atravesando con sus hojas toledanas á los guerreros que les disputaban el paso. Así llegaron á poner el pié en el átrio superior, á donde habian ido retirándose los aztecas. Allí se trabó de nuevo la lucha entre asaltantes y asaltados. En aquella imponente elevación, no había retirada. Los combatientes se veían precisados á luchar hasta morir. Las espadas de

los españoles y el terrible *maquahuitl* de los mejicanos se cruzaban causando profundas heridas. La victoria se mantuvo indecisa por un momento; pero al fin se declaró por los asaltantes, quedando muertos sobre el pavimento de la cúspide plana todos los aztecas que defendían la posición. Los soldados españoles penetraron en el santuario del funesto númen de la guerra, manchado aun con la sangre de las víctimas de los prisioneros castellanos. Al pié de los altares de los horribles ídolos, se veían los diversos símbolos del sanguinario culto, que costaba mas de veinte mil víctimas al año á los pueblos del Anáhuac, sin que en este número, el mas bajo de los computados por los historiadores, se incluya el de los desdichados que hacían prisioneros en sus continuas guerras y cuyo destino era el sacrificio. Al fijar los soldados castellanos la vista en las paredes del santuario, se estremecieron de horror al descubrir las cabezas de algunos españoles que, como las encontradas por Cortés en el otro *teocalli*, conservaban su barba y cabello. Emocionados con la vista de los tristes restos de sus desgraciados camaradas, y queriendo hacer desaparecer al monstruoso ídolo á quien habían sido sacrificados, le prendieron fuego lo mismo que á las torres del santuario, cuyas devoradoras llamas anunciaban á Cortés la toma del templo principal. Pedro de Alvarado trató de ganar algunos fosos y trincheras que le faltaban para llegar al gran mercado, y avanzó á tomarlas; pero viéndose acometido con furia terrible por todo el ejército azteca, emprendió la vuelta hácia su campamento acosado de cerca por sus valientes enemigos. El general español que, al ver el incendio de las torres, penetró en la ciudad con

objeto de avanzar por su rumbo hasta donde fuese dable, se ocupó el día entero en componer todos los pasos malos, á fin de que pudiese maniobrar la caballería. Para penetrar en la anhelada plaza de Tlatelolco, solo tenía por obstáculos un canal y una trinchera.

Lleno de esperanza en el triunfo, penetró en la mañana del siguiente día en la ciudad, con su división. Sin detenerse un instante, emprendió el ataque sobre los que defendían una trinchera al otro lado del canal que había reconocido el día anterior. Los mejicanos lanzaron una lluvia de flechas sobre los españoles que buscaban la manera de pasar el ancho canal. Impaciente el abanderado y algunos que le seguían, de llegar pronto á la plaza, se arrojaron al agua, y pasando el canal, se lanzaron sobre los aztecas con ímpetu extraordinario. El ejemplo de ellos fué seguido por la división entera, y los mejicanos, no pudiendo resistir el ataque, se retiraron hácia la plaza, abandonando el punto. En los momentos en que el general y su gente se ocupaban en cegar el canal, para que la caballería pudiese correr libremente, recibieron una agradable sorpresa. Pedro de Alvarado, con otros cuatro jinetes, se presentó á caballo en la misma calle llegando del opuesto lado. La alegría de los jefes y de los soldados de ambas divisiones fué intensa al encontrarse. Era la primera vez que se veían desde que se dió principio al sitio. Todos se abrazaron cordialmente y se dieron el parabien del éxito alcanzado.

Pedro de Alvarado había dejado su gente atrás y en los lados, para asegurar lo ganado. El caudillo español, siguiendo fielmente el plan que se había propuesto, no

quiso apartarse del canal ganado, hasta verle sólidamente cegado. Entonces, ordenando á su division que permaneciera quieta hasta nueva órden, montó á caballo, y acompañado de algunos jinetes, entró al galope en la ancha plaza del mercado, en union de su leal amigo Pedro de Alvarado.

La plaza ó mercado de Tlatelolco era, como he dicho en otra parte de esta obra, notable por su capacidad y por el activo comercio que en ella habia. Estaba rodeada de amplios y cómodos portales, y para cada artículo habia un departamento separado. En ella solian reunirse los traficantes de todas las poblaciones fundadas en las márgenes del lago, que acudian con los productos y manufacturas en que cada provincia se distinguia. En su espacioso circuito que, segun Hernan Cortés, era doble que el de la plaza de Salamanca, se veian diariamente, en tiempo de paz, mas de sesenta mil personas, ocupadas en la compra y venta de los efectos.

El caudillo español, con los que le acompañaban, se puso á dar algunos paseos por esta plaza, entonces desierta, examinando detenidamente cuanto le rodeaba. Las azoteas de los edificios, correspondientes á los portales, se hallaban cubiertas de guerreros mejicanos. Pronto asomaron en los terrados de las demás casas centenares de mujeres y de niños.

Los ojos de todos estaban fijos en el arrogante general español y sus compatriotas que, cubiertos de acero, lo mismo que sus corceles, habian osado penetrar donde poco hacia se encontraba el emperador Guatemotzin rodeado de sus valientes capitanes. El asombro dominaba

á la multitud. Nadie lanzó un grito de guerra, ni hizo salir de su arco una sola flecha.

Despues de haber permanecido un rato largo paseándose, observando los edificios y la gente, salió de la plaza y subió á la alta torre del *teocalli* que se encontraba contiguo á ella. Lo primero que se presentó á la vista de Cortés y de los que le acompañaban fueron las cabezas de los desventurados españoles sacrificados allí al sanguinario dios Huitzilopochtli. Conservaban, como las encontradas en el templo ganado hacia pocos dias, su barba y su cabello. Hernan Cortés se conmovió al contemplarlas, recordando á los fieles soldados que le habian acompañado en todos los peligros. Junto á ellas se hallaban otras muchas, pertenecientes á los indios aliados que habian caido prisioneros el funesto dia de la derrota, y que perecieron sacrificados á las deidades aztecas (1). Los restos de las victimas españolas, encontrados en este sitio, se condujeron con todo respeto y decencia al mismo Campo Santo á donde se llevaron las cabezas halladas en el otro templo.

El general español tendió la vista desde la dominante altura del gigantesco *teocalli* principal de Tlatelolco, sobre la ciudad, el lago y los pueblos que le rodeaban. El espectáculo que contemplaban sus ojos en aquel instante era muy distinto del que miró cuando, obsequiado por el benigno emperador Moctezuma, contempló desde el mismo sitio, lleno de agradable asombro, la vida, el movimiento,

(1) «Hallamos ofrecidos ante sus ídolos, las cabezas de los cristianos que nos habian muerto y de los indios de Tascaltecal nuestros amigos, entre quién siempre ha habido muy antigua y cruel enemistad.»—Tercera carta de Cortés.